

120. Las Beatas Carmelitas de Compiègne

La guillotina cortaba cabezas a placer durante la Revolución Francesa, y fueron muchos los católicos que dieron su vida por Jesucristo bajo las iras del pueblo que había apostatado de la fe. Entre tantos mártires gloriosos hubo un caso de belleza cristiana sin igual: el de las Monjas Carmelitas del Monasterio de Compiègne, en los alrededores de París.

En medio del furor revolucionario, la Superiora propone a las monjas:

- *¿Qué les parece si nos ofrecemos a Dios como víctimas, para desagraviarle de tanto crimen y pecado, para aplacar su ira, para alcanzar la paz del Estado y que cese la persecución a la Iglesia?*

Esto se lo proponía la Superiora en Septiembre de 1792. Las religiosas, con generosidad admirable, responden que sí, que están dispuestas a semejante sacrificio. Solamente dos ancianas dudan y tiemblan: *-No, no nos importa morir. Pero eso de subir a la guillotina nos da mucho miedo...*

Pasan dos horas, y las dos se presentan llorando y pidiendo perdón:

- *Sí; también nosotras queremos morir, si es que Dios acepta nuestro ofrecimiento. ¡Ya no tenemos miedo! Admítannos entre ustedes.*

La gracia había triunfado en todas ellas, y cada día se renovaba el ofrecimiento en la oración. Un día se presentan en el monasterio los delegados del Directorio exigiendo a las monjas que se despojen de sus hábitos, las obligan a separarse en cuatro grupos, a los que distribuyen en distintos lugares, y les prohíben llevar vida de reglamento, de obediencia y de comunidad: *-¡Libertad, igualdad, fraternidad!...* Y esa manera de vivir suya es una esclavitud...

Las monjas no se rinden. En sus respectivos domicilios, fieles a su Regla y al ofrecimiento que habían hecho como víctimas al Señor, llevan adelante su vida conventual, rezan y hacen penitencia como dentro del monasterio. Acusadas de llevar una vida semejante, sufren un registro riguroso, y, con lo que se encuentra, la autoridad ya tenía lo suficiente para acusarlas y llevarlas al suplicio: *-¿Qué significan estas cartas de sacerdotes, con novenas, devociones al Corazón de Jesús y al Corazón de María, y eso que llaman dirección espiritual? ¿Y esta imagen del Sagrado Corazón? ¿Y este retrato del rey ajusticiado?*

La acusación resultaba evidente, y pudo venir la orden inapelable:

- *¡Deténganlas por rebeldes! Esas ciudadanas religiosas, burlando la autoridad, traman contra el Estado, quieren reinstaurar la monarquía, y practican la religión proscrita. Son pruebas suficientes de culpabilidad.*

Detenidas las dieciséis, son llevadas al monasterio de la Visitación, convertido en cárcel. Unos días más, y las trasladan definitivamente a París, donde van a parar a la terrible prisión de la Conserjería.

Era el 204 de Junio de 1794. Allí encuentran sacerdotes, religiosas, seglares católicos, todos ellos en espera de lo peor. Las Carmelitas que llegan traen una oleada de optimismo. Rezan, cantan, inspiran amor grande a Jesús y a la Iglesia... Llegado el día del Carmen, su fiesta patronal, la Virgen es festejada como nunca, en medio de tales sufrimientos. Una de ellas, simpática y valiente, pide a un recluso que estaba algo más libre: *-Tráigame algo con que poder escribir.*

Consigue unos palillos de carbón humedecidos, y escribe, con el aire de la Marsellesa, un himno a la gloria del martirio, coreado después por todas.

Están todas convencidas de lo que les espera. Porque ven que se va a cumplir la profecía de una monja muy santa, Sor Isabel, que, hacía ya un siglo, había vivido en el monasterio y dejó el recuerdo de una visión que tuvo un día:

-He visto a las religiosas del convento entrar en el Cielo, cubiertas con un manto blanco muy resplandeciente y sosteniendo una palma en sus manos.

Esta tradición del monasterio no podía significar otra cosa que el martirio. Entonces, ¡todas a morir ahora por la fe! Había llegado el momento dichoso. El 17 de Julio, día siguiente del Carmen, se les comunica la sentencia de muerte, que debe ser ejecutada sin dilación. Al atardecer, cargan a las dieciséis en varias carretas, y llegan a través del gentío hasta la Plaza del Trono donde se alzaba la guillotina.

Divisado el patíbulo, empiezan las mártires a cantar himnos sagrados: el *Miserere*, la *Salve*, el *Te Deum* en acción de gracias, y, al pie del cadalso, el *Veni Creator* al Espíritu Santo. La multitud ha guardado un silencio profundo. Y mientras las descargan, van diciendo a los verdugos frases que ha conservado la historia:

Una: *“No tengo otro deseo que vivir y morir carmelita”*.

Otra: *“Soy carmelita hace cincuenta y seis años. Quisiera tener otros tantos para dárselos al Señor”*.

Una tercera: *“Mi mayor felicidad ha sido ser carmelita, y morir carmelita es mi único deseo”*.

Otra más: *“Si pudiera doblar los lazos que me unen a Dios, lo haría con toda intensidad”*.

Y concluía otra: *“Soy religiosa por elección propia, y no dejo mi hábito aunque tenga que dar mi sangre para tener semejante dicha”*.

El acto final resultó emocionante. Sor Constanza, una joven novicia, es la primera señalada para subir al cadalso. Antes, se arrodilla ante la Superiora, y le pide: *-¡Madre, bendígame!* Recibida la bendición, entona el salmo “Alabad al Señor todas las gentes”, sube la escalera y su cabeza cortada es levantada en alto ante el gentío. Una tras otra repiten el mismo gesto de la simpática joven: la bendición de la Madre, ¡y arriba!...

La última en morir es la Superiora, Sor Teresa de San Agustín, que tan bellamente había preparado a las súbditas para el martirio, y que repetía: “El amor será siempre el que venza. Cuando se ama, se puede con todo”.

¡Qué mujeres éstas! Parece que fueran de raza superior. Y son, simplemente, hermanas nuestras, pero hechas de fidelidad inquebrantable a Jesucristo y a la Iglesia.